

NUESTRO SUSTITUTO SUFRIENTE



CHARLES SPURGEON (1834-1892)

NUESTRO SUSTITUTO SUFRIENTE

Contenido

1. He aquí la persona del sustituto
sufriente.5
2. Contemple los sufrimientos
del sustituto.10
3. Regocíjese en el resultado
de la sustitución.13

Extracto de la revista *Sword and Trowel*.

Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *Our Suffering Substitute*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.chapellibrary.org.

NUESTRO SUSTITUTO SUFRIENTE

“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu.” (1 Pedro 3:18)

DIOS es justo, y un Dios justo tiene que castigar el pecado. La gran pregunta es: “¿Cómo puede Dios ser Justo y asimismo el Justificador del impío?” Las religiones falsas procuran responder a esta pregunta, pero fracasan completamente. El pobre pagano piensa que ha encontrado la respuesta en sus propios terribles sacrificios. Cree que puede dar “su primogénito por su rebelión, el fruto de sus entrañas por el pecado de su alma.” El papista iluso cree que ha encontrado una respuesta a la pregunta en su misa diaria; afirma que hay en ella “un sacrificio propiciatorio por los vivos y los muertos.” No es de este modo que se vindica la justicia de Dios, ni es de este modo que su misericordia brilla en todo su esplendor.

Hay una teología fría, especulativa, que procura deshacerse de esta pregunta. Hay algunos que se burlan de la expiación, y rechazan la idea de un sacrificio. Éstos nunca serán más que unos pocos, nunca podrán ser muchos. El pagano y el romanista pueden impresionar a las multitudes; pero el sistema que niega la doctrina de la expiación por medio de la Sangre de Jesucristo, o que le resta importancia, nunca puede

triunfar. Sus partidarios pueden profesar ser intelectuales, porque son ignorantes; pero nunca podrán vencer a las masas. Dios ha impreso en la naturaleza que cada ser humano sienta en su conciencia un anhelo por saber la respuesta a la pregunta: “¿Cómo puede un Dios justo perdonarme con justicia a mí, pecador?” Si esa pregunta no es contestada de alguna manera, de modo que se pueda ver cómo Dios puede salvar y a la vez mantener su justicia, ningún sistema teológico puede de ninguna manera triunfar.

Hemos de resistir la tendencia que parece estar en la mente de algunos, de ocultar esta verdad vital, la verdad fundamental de la religión cristiana, a saber, la doctrina del sacrificio sustituto de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. No discutamos contra esta tendencia; pero más bien destruyámosla por medio de nuestra propia determinación personal de predicar con mayor dedicación y mayor constancia a “Jesucristo y a él crucificado.” La manera más rápida de erradicar el error es proclamando la verdad. El modo más seguro de extinguir lo falso, es abogar audazmente por los principios bíblicos. Regañar y protestar no resulta tan eficaz en impedir el progreso del error como lo es la proclamación clara de la verdad en Jesús.

Permíteme intentar predicar la doctrina de la sustitución, que es la respuesta bíblica a las preguntas: “¿Cómo puede primar totalmente la justicia de Dios y a la vez manifestarse la misericordia de Dios?” “¿Cómo puede haber una justicia completa y una misericordia completa sin que ninguna de las dos eclipse o haga sombra a la otra?”

1. He aquí la persona del sustituto sufriente.

“Porque también CRISTO padeció una sola vez por los pecados, el JUSTO por los injustos, para llevarnos a Dios.”

El Sustituto era *de naturaleza compleja*. Era verdaderamente un hombre y a la vez era verdaderamente Dios. *Cristo Jesús* quien “sufrió” tomando el lugar del pueblo escogido de Dios, *era hombre*, hombre de la sustancia de su madre, indudablemente hombre. Fue partícipe de todas las debilidades de la humanidad y era, en todo respecto, con excepción del pecado, tentado como lo somos nosotros; sí, se hizo “hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne.” Fue el hombre perfecto, el único hombre en quien nunca moró el pecado. No había pecado en su naturaleza. No corría por sus venas ninguna mancha de la depravación original. En su naturaleza humana fue “sin mancha y sin contaminación.” Concebido de manera milagrosa, no participó de ningún modo de esa transgresión que es transmitida a nosotros; porque nacemos en pecado y somos formados en iniquidad.

Cristo no recibió nada de ese pecado imputado que ha caído sobre la raza humana desde Adán. Cristo nunca cayó en Adán. Fue “semilla de la mujer” pero nunca estuvo en las entrañas de Adán. En su vida privada, Cristo nunca cayó; por naturaleza no fue en ningún sentido partícipe del pecado de Adán. Aunque, por su pueblo, Jesús tomó sobre sí la transgresión de Adán, y la cargó sin dilación, él en sí, no tuvo originalmente sombra de mancha, fue el

inmaculado, el perfecto Cordero de la pascua de Dios.

La vida de Cristo Jesús, el hombre, fue intachable en todo respecto. En sus ojos nunca brilló el fuego de la indignación impía. En sus labios nunca descansó una palabra de engaño. Su mente pura nunca se imaginó un pecado. Las centellas de Sata-nás cayeron en el alma de Cristo como el fuego que cae en el océano, y es apagado para siempre. La al-jaba de las tentaciones del infierno se vació sobre él, pero ninguna flecha jamás se clavó en su carne o sangre. Se mantuvo invencible e invulnerable. No podía ser herido por la tentación. “Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí”, fue su propia declaración triunfante. No sólo no pecó Cristo, sino que no podía pecar. “*No conoció pecado.*” No cono-cía el pecado, era extraño al pecado, el pecado no te-nía ningún negocio con él, no tenía ningún trato con él personalmente. No se mareó cuando se en-contraba en el pináculo del templo. Encontrándose en lo más profundo de la humillación, no expresó dolor fuera de la más completa resignación. Fue siempre puro, perfecto, intachable, santo, aceptable a Dios.

Los sufrimientos de Jesús tienen el poder de bendecir a otros, ya que no eran necesarios para él mismo. No tenía necesidad de sufrir como resultado del pecado, ni tampoco purgar ninguna maldad suya por la disciplina del sufrimiento. No había en él mismo razón para conocer el dolor o exhalar un sus-piro. Sus sufrimientos eran todos por su pueblo. El objeto de su sufrimiento, el derramamiento de su

sangre, de su muerte, fue asegurar la salvación de sus escogidos. Nuestra alma puede ahora, con plena fe, confiar en Jesús, el hombre perfecto.

Recordemos siempre que, *aunque Cristo era verdaderamente hombre, era también verdaderamente Dios*. Creemos y hemos de enseñar siempre que la perfecta humanidad de Cristo no rebajó su deidad perfecta; su divinidad era pura e infinita. Era “Dios de Dios,” poseyendo todos los atributos del Jehová eterno. Él, que colgó de la cruz, era el mismo Dios que hizo todos los mundos. El propio Verbo, que llevó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero, era el Verbo por quien fueron hechas todas las cosas y sin quien “nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.” No conocemos ninguna expiación humana fuera de la deidad de Cristo Jesús. No nos atrevemos a confiar nuestras almas a un salvador que es meramente hombre. Si, en toda la eternidad, todos los hombres que jamás hayan vivido, y todos los ángeles que existen se hubieran juntado e intentando ofrecer un sacrificio como propiciación por los pecados de un solo hombre, hubieran fracasado. Nada que no fuera los hombros del Dios Encarnado hubiera podido cargar con tan tremenda carga. Ninguna mano fuera de la que puso en su lugar a los planetas hubiera podido sacudir las montañas de nuestra culpa y llevárselas. Tenemos que contar con un Sacrificio Divino, y es nuestro gozo saber que lo tenemos en la persona de nuestro Señor Jesucristo.

En cuanto a los que no creen en la deidad de Jesucristo, déjelos ir por su camino y predicar lo que

quieran, no podemos demorarnos para entablar una controversia con ellos. Hablaríamos de ellos como lo hizo el Sr. Gadsby. Se levantó un edificio donde se enseñaba el unitarismo frente a la capilla donde William Gadsby predicaba el evangelio de la gracia de Dios. Alguien le preguntó al Sr. Gadsby: “¿No le da tristeza esta oposición?” Él respondió: “¡Hombre, *oposición!* Yo no sé de ninguna oposición.” “¿Ninguna oposición?” “No, hermano, absolutamente ninguna. Suponga que yo tuviera una panadería y vendiera buen pan de trigo, y alguien viniera y abriera una herrería en frente, ¿sería eso oposición?” “No, ese sería un negocio muy diferente.” “De la misma manera,” respondió el Sr. Gadsby, “la capilla Unitaria no es ninguna oposición para nosotros, es otro negocio totalmente diferente. Es un artículo distinto el que dispensan. Nosotros dispensamos el evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo y en él, el alma puede descansar eternamente. Pero ellos dispensan ‘otro evangelio, que no es otro’, el cual nunca puede traer paz a la tierra o bendición al mundo por venir. No hay ninguna oposición.” Resulta claro que en otro sentido de la palabra, existe la mayor “oposición” posible entre nosotros y los unitarios; y no pretenderemos tener ningún tipo de unión con ellos porque nunca podemos renunciar a nuestra creencia en la divinidad y deidad de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, ni tampoco podemos tener ninguna comunión con los que rechazan esta verdad bendita.

Detengámonos bajo la cruz del Calvario y observemos a nuestro Señor Jesús colgado allí, y recordemos que su cuerpo sangrante estaba aliado con la

Deidad que no sufría. Esas heridas tuyas, ese correr de tu sangre por ese costado atravesado por la lanza, produjo una unión con la naturaleza del Dios viviente y eterno. Los méritos infinitos del Dios Altísimo fueron impartidos a los sufrimientos del ser humano. Ni tus pecados ni los míos pueden jamás exceder los méritos de la preciosa sangre de Cristo. Si nuestros pecados son altos como montañas, el océano de su expiación, como el diluvio de Noé, cubre las cimas más altas de las montañas. Sobrepasa veinte codos hacia arriba, hasta que las montañas más altas han sido cubiertas. Aunque nuestros pecados sean lo más rojos que pueden ser, la sangre de Jesucristo es más roja, y la una lava la otra. Aunque nuestras iniquidades sean las más tenebrosas y amargas, su muerte fue más amarga y tenebrosa, y la negra amargura de su muerte ha quitado la negrura y la amargura de nuestros pecados y, por lo tanto, resulta que “puede... salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios.”

Pecador, ¡mire a Jesucristo! En su sangre expiatoria hay poder para lavar todos tus pecados. Nadie puede limitar la eficacia de la preciosa sangre de Cristo. Ningún pecado puede ser tan negro ni tan numeroso que esa sangre preciosa no lo pueda limpiar. La sangre de Jesucristo es suficiente para cumplir todo lo que Dios tuvo el propósito que cumpliera al ser derramada. Cristo nunca fracasará en ningún sentido. Su cruz es un ariete contra el cual nada subsistirá. Antes de la cruz de Cristo las tremendas murallas de nuestra condenación se mecían de un lado al otro aun hasta caer; y no había ni una roca que

permaneciera sobre la otra que no fuera derribada. Necesitamos una confianza más grande en la cruz de Jesucristo, un descanso eterno más seguro en esa Roca de la Eternidad abierta por nosotros.

2. Contemple los sufrimientos del sustituto.

“También Cristo padeció una sola vez por los pecados.” Éstos fueron soportados a favor de todos los que creen. Véalo en el Getsemaní.

“Getsemaní, ¡lugar de presión!

(¿Y por qué se llama así? Que los cristianos adivinen)

*El nombre justo, el lugar justo donde la venganza
luchó, combatió y forcejeó con clamor.*

Fue allí donde el Señor de la vida apareció,

Y suspiró, y gimió, y oró, y temió;

Cargando todo lo que podía cargar

el Dios encarnado,

Con suficiente fuerza, pero sin nada

de fuerza para desperdiciar.”

Allí, por nosotros, Jesús sudó hasta que su alma se llenó tanto de agonía, que la sangre purgó los ríos de sus venas y, al final, salieron de su cauce y se derramó. “Su cabeza, su cabello, su ropa sangrantes estaban.” Vestía un manto rubí de su propia sangre, y allí siguió, todavía luchando, con su alma llena de pesar y “muy triste, hasta la muerte”, a fin de prevalecer en nombre de su pueblo y de sufrir la ira de Dios por los pecados de ellos.

Se levantó con nuevas fuerzas del lugar donde había elevado su plegaria, y marchó adelante para

encontrarse con su muerte. Fue traicionado por Judas, uno de los doce. Su propio amigo cercano, en quien había confiado, quien había comido su pan, levantó su calcañar contra él. Usted, que ha sido traicionado por su amigo más firme en su hora de mayor necesidad, usted, que ha sufrido la rotura de un compromiso, amor pretendido trocado en odio mortal, usted puede adivinar pero, adivinar apenas un poquito, la tremenda congoja en el alma del Redentor cuando el traidor, Judas Iscariote, lo traicionó.

Se apresuran a llevar al Salvador ante Anás, ante Caifás, ante Pilato, ante Herodes y luego otra vez ante Pilato, sin darse tiempo para respirar, sin una pausa. Lo acusan de sedición. *¡Sedicioso, el Rey de reyes!* Lo acusan de blasfemia; ¡como si Dios pudiera blasfemar! No pudieron encontrar testigos contra él excepto el peor lastre del pueblo, que estaban preparados para jurar sobre cualquier mentira y, aun éstos, no coincidían entre sí. Allí, de pie, se encontraba el hombre perfecto, el Hijo de Dios, acusado y calumniado por hombres que ni eran dignos de una escupida.

Condenan al inocente, se burlan de él, se ríen de él, se mofan de su majestad y atormentan su persona sagrada. Es entregado a las tiernas misericordias de los soldados romanos. Lo sientan en una vieja silla como si fuera un trono. Poco antes le habían desgarrado la espalda con azotes hasta que sus huesos sobresalían como blancos acantilados en un mar de sangre. Lo coronan con espinas. Colocan sobre sus hombros un viejo manto púrpura, se burlan de él y se ríen de él, como si fuera un rey falso. Como cetro

le dan un junco; como homenaje, le escupen, como beso de salutación, le dan los labios de la burla. En lugar de inclinarse ante él como su rey, le vendan los ojos y lo abofetean.

¿Hubo alguna vez un dolor como el tuyo, tú, Rey de dolores, despreciado por tus propios súbditos? ¡Tú, que les diste aliento, tienes que sentir sobre ti ese aliento lleno de maldiciones violentas y blasfemas! ¡Tú les diste vida, y ellos malgastaron esa vida a burlándose de ti!

Jesús es llevado al Calvario. Es clavado en la cruz por manos crueles y malignas. La turba grosera se mofa de sus sufrimientos. En su alma, hay una agonía que no podemos imaginar. En lo alto hay una marejada de ira divina contra nuestros pecados, cubriendo toda su alma. ¡Escuche! el terrible y devastador clamor: “DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿por qué ME HAS desamparado?” Parece la fusión de todos sus dolores, congojas y sufrimientos en una sola expresión. Como un enorme lago que recibe el torrente de miles de ríos y los contiene a todos dentro de sus riberas, así esa oración parece ser la suma de todos sus males y los expresa a todos: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

Al fin, inclina su cabeza y ¡entrega su espíritu! En un tremendo trago de amor, el Señor ha drenado la destrucción para todo su pueblo. Él “sufrió” todo lo que debíamos haber sufrido nosotros. Él ha entregado a la justicia de Dios una recompensa completa por los pecados de ellos. Ha presentado en el nombre de ellos una expiación total.

*“Y hasta el último centavo pagó
lo que su pueblo debía.”*

¡Qué gozo es, creyente, pensar que tiene usted una expiación tan perfecta sobre la cual descansar! Si hubiera un pecado por el cual Cristo no sufrió en la cruz, o un pensamiento pecaminoso de uno de los suyos que él no cargó sobre sí, no podríamos ser salvos. Pero él ha “completado” toda la transgresión de su pueblo, ha puesto fin a todos sus pecados. Ha obedecido todos los puntos y los tildes, al igual que las cosas grandes, importantes, de la ley de Dios; él las ha magnificado y hecho honorable. Él ha ido al “fin de la ley... para justicia” —no a mitad de camino, sino todo el camino; no por su orilla, sino hasta su final. No ha simplemente probado la copa de ira, no simplemente tomado un trago de su amarga poción, sino que la ha bebido hasta vaciarla. Cuando murió, puso boca abajo la copa de la ira, porque había tomado todo lo que contenía, y cuando vio que no quedaba ni una gota negra temblando en el borde, exclamó triunfante a gran voz: “¡Consumado es!” Había bebido todo. ¡Gloríense en esto, ustedes pueblo viviente del Cristo viviente! Había ofrecido por ustedes un sacrificio completo, aceptable a su Padre. Gloríense en esto, ustedes el pueblo elegido del Dios viviente, “porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.”

3. Regocíjese en el resultado de la sustitución.

Regocíjese en el resultado de la sustitución. Los sufrimientos han terminado. La deuda ha sido pagada. La justicia ha sido satisfecha. La ley ha sido

magnificada. La justicia ha sido establecida. Por todos los pecados de su pueblo, Cristo ha hecho una expiación completa, y para su justificación se ha levantado de los muertos.

Ahora bien, usted, pobre tembloroso, que busca la verdad, ¿qué responde a esto? ¿No puede usted descansar ahora en Cristo? Dios está satisfecho con el sacrificio expiatorio de su Hijo; ¿puede usted estar insatisfecho con él? Dios piensa que Jesús es suficiente, ¿puede usted pensar que es insuficiente? ¿Acaso el Señor, el Rey, quien usted ha ofendido, no aceptó la reconciliación, y dice usted incrédula y desconfiadamente: “Temo que no sea suficiente”? Quítese los temores de la culpa, se lo ruego. Que el bendito Consolador haga posible que usted diga ahora:

*“Tal como soy, de pecador,
Sin más confianza que tu amor,
Ya que me llamas, vengo a ti;
Cordero de Dios, heme aquí.”*

Usted será salvo por fe en Cristo, quien “padeció una sola vez por los pecados”, y sólo en Cristo. No pretenda hacer un salvador de sus propios sentimientos. No piense que tiene que tener esta o aquella experiencia antes de venir a Jesús. Cristo no espera de usted ninguna preparación. La salvación consiste sencillamente en que caiga usted ante Cristo. Caiga usted sobre su rostro en el polvo delante de él y una vez para siempre acabe con su propio desdichado ser. No dependa de nada que pueda usted hacer, o pensar, o decir, o saber; descanse

únicamente en Jesús y será salvo. Sea usted quien sea, y lo que sea, aunque sea el peor pecador salido del infierno, sea su alma la más negra, si confía usted en Cristo quien “padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos” será salvo.

Tembloroso pecador, mire a Jesús y será salvo. ¿Dice usted: “Son muchos mis pecados”? Su expiación es maravillosa. ¿Se queja usted: “Mi corazón es duro”? Jesús lo puede ablandar. ¿Exclama usted: “Ay, soy tan indigno”? Jesús ama al indigno. ¿Cree usted: “Soy tan vil”? Es al vil que Jesús vino a salvar. Abajo con usted, pecador; abajo, abajo con usted, y arriba con Cristo quien sufrió por sus pecados en la cruz del Calvario. Ponga sus ojos en Jesús, y véalo únicamente a él. Él sufre. Sangra. Muere. Es sepultado. Vuelve a vivir. Ascende a lo alto. Confíe en él, y estará usted seguro. Renuncie a todas las demás cosas en las que confía y dependa de Jesús únicamente, únicamente de Jesús, y pasará usted de muerte a vida. Ésta es la señal segura, la evidencia indubitable de que el Espíritu mora en usted, de que el Padre lo ha elegido, de que el Hijo lo ha redimido, cuando su alma es llevada sencilla y totalmente a descansar y confiar en Cristo, quien “padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.”

¡Quiera el Espíritu Santo bendecir estas palabras, y que brinden consuelo a muchos corazones, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo! Amén.

